

APUNTES SOBRE EL FOLK-LORE DE COLOMBIA

Los modernos estudios sobre Folk-Lore, extraordinariamente adelantados en los países europeos, apenas han tenido repercusión en América. Sus investigaciones han encontrado allende los mares, campos tan dilatados como fecundos y su porvenir será fuente de erudición y esparcimiento utilísimo para las generaciones del mañana. La bibliografía del folklorismo es ya muy extensa y lo será más cada día, porque su importancia crece a medida que los años avanzan y es debidamente reconocida y apreciada en otros países. En Colombia no pasará mucho tiempo sin que se establezca formalmente su cultivo.

Comprende, en nuestro sentir, el estudio del Folk-Lore, todo lo que al saber popular se refiere, en cuanto es producto de la imaginación de ese mismo pueblo o versa sobre hechos conocidos por él. En el primer caso se halla lo relativo a supersticiones, cuentos, cantares, leyendas reconocidamente fantásticas, conjuros, etc., y en el segundo caso las tradiciones que sobre acontecimientos más o menos dignos de atención, se han transmitido de padres a hijos. Cabe aquí anotar, para que se aprecie el alcance de esta clase de labores, lo que de ellas ha dicho un erudito español: «Las coplas no han de estudiarse por bonitas, ni los trovos por caprichosos, ni las adivinanzas por ingeniosas, ni por raras y curiosas las tradiciones y leyendas: coplas, adivinanzas, tradiciones, leyendas, trovos, adagios, refranes, proverbios, diálogos, juegos cómicos, cuentos, locuciones peculiares, frases hechas, giros, etc., han de estudiarse como materia científica» (1). La enumeración es completa.

(1) Machado y Alvarez. *Estudios sobre literatura popular*. Sevilla, 1884, pág. 213, cit. por Laval.

Acerca de uno de los puntos constitutivos del Folk-Lore, el cuento popular, dice Max Muller en su «Mitología Comparada»: En estos últimos tiempos, el estudio de los cuentos populares ha tomado puesto entre los estudios que nos dan a conocer el pasado de la especie humana.»

* * *

—En Colombia es poca la afición hacia las investigaciones folklóricas, nos ha dicho un escritor americano con quien hablábamos días pasados.

Por desgracia, esto es verdad; todo lo que se relaciona con ellas ha permanecido en el olvido más completo, o quizás en el desconocimiento más absoluto.

—Es preciso crear el Folk-Lore en el país, nos agrega, y a sus palabras asentimos por íntima persuasión.

Las dificultades que presenta la realización de tal objetivo son múltiples y talvez hasta en el fondo mismo de estos estudios se presenten circunstancias que sean un obstáculo, pero eso no importa: es preciso vencerlo. El provecho que se puede deducir de labores de este género es incalculable. Los temas que ofrece son seductores.

Sin pretensiones de ninguna clase, puesto que es ninguno nuestro saber en materia folklórica, vamos a tratar de exponer a grandes rasgos, algo de lo que tiene relación con ésta en el país. Son ya bastantes los datos que hemos obtenido en el particular y en estas líneas vamos a ver algunos de ellos.

TRADICIONES

Es la tradición un retazo del pasado que vive en la memoria de muchos; un capítulo de la historia nacional desconocido para los más. Hechos notables que no supo ningún escritor y que no compiló ningún curioso, se perdieron para siempre. De la unión de un

dato histórico con la fantasía del pueblo nació la leyenda, entretenida para todos. El reducidísimo número de quienes se consagraron a la pluma en las colonias españolas, apenas alcanzó a dejar rastro de sus actividades en cuanto a los sucesos de ellas mismas, y los que cultivaron la historia y sus fuentes son los menos. De ahí que hechos dignos a todas luces de memoria en el futuro, al desaparecer hicieran olvidar detalles de máxima importancia, puntos merecedores de investigación. Y, a dónde, sino a la leyenda y a la tradición iremos a buscar el alma de lo que fue, el respaldo de acontecimientos históricos que sin ellas no lo tendrían, el rayo de luz en la noche del tiempo?

Tarea pesada es la de compilar tradiciones, pero no ingrata. Es verdaderamente hermoso observar cómo, poco a poco, va descorriéndose el velo del misterio al pasar del raciocinio y al deslizarse de la pluma. Los muertos se levantan de sus olvidados sepulcros, vuelven de nuevo a revestirse de la carne corruptible, a vestir la capa y a tomar en sus manos la espada que será castigo del rival y honra del vencedor ante su dama. Tornan a lucir la gola y la mantilla, el chambergo y los bordados de oro. Resurgen amores y odios, celos que sólo terminan con la muerte, heroicidades cuyo premio no es un laurel que se marchita, sino una dulce sonrisa triunfadora.

En la tradición surgen de nuevo ante los ojos admirados, fantasmas que dieron temor a nuestros antepasados cuando niños; espantables voces de ultratumba y presagios pavorosos sin cuento. Vuelven la púdica doncella a sus rejas, el galán a su empresa, el soldado a sus glorias. Y en tanto que acá oímos enternecedoras despedidas, allá exhala su postrer aliento al pie de una celosía desierta, un amante atrevido.

«La época del coloniaje, fecunda en acontecimientos, que de una manera providencial fueron preparando el día de la independencia del Nuevo Mundo, es un veneno poco explotado aún por las inteligencias americanas.

«Por eso, y perdónese nuestra presuntuosa audacia, cada vez que la fiebre de escribir se apodera de nosotros, demonio tentador al que mal puede resistir la juventud, evocamos en la soledad de nuestras noches al genio misterioso que guarda la historia del ayer de un pueblo que no vive de recuerdos ni de esperanzas, sino de actualidad.

«Lo repetimos; en América la tradición apenas tiene vida. La América conserva todavía la novedad de un hallazgo y el valor de un fabuloso tesoro apenas comenzado a explotar.

«Sea por la indolencia de los gobiernos en la conservación de los archivos, o por descuido de nuestros antepasados en no consignar los hechos, es innegable que hoy sería muy difícil escribir una historia cabal de la época de los virreyes. Los tiempos primitivos del imperio de los Incas, tras los que está la huella sangrienta de la Conquista, han llegado a nosotros con fabulosos e inverosímiles colores. Parece que igual suerte espera a los dos primeros siglos de la dominación española» (1).

En realidad, «La tradición miente a las veces más que politiquero de portal,» anota en gráfica expresión el propio don Ricardo Palma, ilustre creador y cultivador de estos estudios en el Perú. Y ha dicho admirablemente. Las tradiciones orales, sobre todo, han llegado al día de hoy en tan lamentable estado, que no sería capaz de reconocerlas el sujeto que presencié los sucesos que dieron origen a ellos y ni siquiera uno de

(1) Ricardo Palma. *Tradiciones peruanas*. Barcelona, 1890. Vol. I, 213.

sus primeros sabedores. Tal las ha puesto el tiempo. El poder imaginativo de ciertos narradores es verdaderamente asombroso, y suelen adherirse éstos en ciertas ocasiones de tal manera a la verdad presunta que, como Sancho en el cuento de Marcela y las cabras, pueden jurar por una cruz ser hecho incontestable lo que ni siquiera debiera llevar el nombre de leyenda. No faltan en muchos lugares del país testigos falsos en estas materias, del mismo modo que en la altiplanicie hay hombres ya ancianos que serán capaces de atestiguaros que han visto corretear por las laderas del cerro de Monserrate el famoso venado de oro, o han sido deslumbrados por la vivísima luz que en noches tempestuosas despiden los tesoros que guarda bajo su peaña de rocas la estatua de Santo Tomás....

Pretender, en consecuencia, separar el trigo de la cizaña, queremos decir, lo verdadero de lo fantástico, es punto menos que imposible. De otra parte, aunque el folklorista debe llevar a cabo una discriminación muy cuidadosa, ello no daría en ciertos casos otro resultado que el de quitar todo viso de poesía a narraciones que se engalanan con ella y ostentan con primor su ropaje; fuera de eso, la historia nada adelantaría con recoger ciertos datos tan breves, en ocasiones tan sutiles, que llegan a parar en lo abstracto.

Amantes de los estudios de que venimos hablando, han sido relativamente pocos los que han surgido en el nuevo continente; don Ramón A. Laval, publicó una «Contribución al Folk-Lore de Carahue (Chile), editada en Madrid hace pocos años; Manuel Concha compiló «Tradiciones serenenses» (Santiago, 1883); Francisco Salazar, algunas leyendas de Méjico (1); Roberto Alar-

(1) *El Centenario*. Oaxaca, 1910. Algunas leyendas centroamericanas se pueden ver en la revista *Ateneo de Honduras*, de Tegucigalpa (Honduras). Como obra notable por el aspecto folk-

cón Lobos, «Gente Alegre» (Cuentos chilenos, Santiago, 1912). No nos detenemos a disertar detenidamente sobre don Ricardo Palma, porque su obra, importante y extensa como pocas, requiere un estudio concienzudo y profundo; limitémonos a descubrirnos ante él, padre del folklorismo americano, autor de extensos volúmenes conocidos casi todos con el nombre de *Tradiciones peruanas*, en cuyas páginas al par que surge de nuevo a la vida toda una edad, se halla la significación y origen de múltiples locuciones y se salpica de ironía y de gracia el más severo episodio, con letrillas y coplas siempre picantes y oportunas.

Entre nosotros, lo relativo a cuentos populares, supersticiones, coplas, etc., no ha encontrado el compilador que, al estudiarlas, ponga de relieve sus méritos; en cuanto a leyendas, crónicas históricas, tradiciones, etc., pueden verse las *Leyendas Históricas*, de don Luis Cappella Toledo (Bogotá, 1844 y 85); Alejandro Caycedo, *Cecilia o la guerra de los Yareguíes* (id, 1844); Herminia Góñez Jaime de Abadía, *Leyendas y notas históricas* (id, 1907); Adolfo León Gómez, *Leyenda y relatos históricos* (id, 1914); Camilo S. Delgado, *Historias, leyendas y tradiciones de Cartagena* (Cartagena, 1913); Julio Vives Guerra, *Leyendas de Santa Fe de Antioquia*, y don Manuel Briceño. Don José Manuel Marroquín publicó un episodio titulado *La fortuna de los Villafuentes*; un notable escritor bogotano la bella tradición de *El Verde* (*Crónicas de Bogotá*, por Pedro María Ibáñez, tomo II, pág. 83); Juan Crisóstomo García, *El Ermitaño* (Santa Fe y Bogotá). Revista, Bogotá, 1923, vol. I.

lórico, v. Berthold Laufer—*The Diamond, a study in chinese an Hellenistic Folk-Lore*, Chicago, 1915.

LEYENDAS

La inclinación existente en el hombre hacia todo aquello que aparezca a sus ojos revestido con los maravillosos ropajes de lo sobrenatural y escape a los discursos de su razón, dio principio, fuera de la fe religiosa, a la creencia en seres dotados de extraordinarios poderes, cuya influencia era inmensa en cuanto a lo material y finito; al observar sin poder explicarlos, muchos sucesos extraños, surgió la superstición; al advertir si eran prósperos o adversos y buscar el medio de lograr buenos fines o desviar malas y temibles influencias, nacieron los agüeros y se inventaron los conjuros; por último, atribuyendo a determinados personajes un poder inaudito, se relataron hechos meramente fantásticos y apareció en todo su esplendor la leyenda.

«La historia en su primitiva fase—dice un entendido autor—no es más que una sucesión de leyendas transmitidas y aumentadas de generación en generación. Así como los Vedas es una colección de leyendas arias, el Zend-Avesta lo es de leyendas persas. Casi todas las leyendas primitivas son cosmogónicas, y así vemos que las mitologías egipcia, griega y romana se fundan en leyendas en que cada dios o héroe tiene la suya, cuando no tiene varias como con frecuencia sucede. Además de estas leyendas que constituyen por decirlo así los primeros jalones de la historia, existen otras que se refieren a una localidad determinada, a un castillo, a una iglesia, a unas ruinas, a una fuente, etc., y hay por último otras leyendas que rodean a los grandes hombres y a los grandes hechos, desfigurándolos y presentándolos bajo un aspecto maravilloso. Además de las leyendas en que son falsos y fabulosos todos los elementos que la integran, existen otras en que los hechos son verdaderos en su mayoría, pero son falsamente atribuidos a un.

solo personaje, las acciones heroicas de todo un pueblo durante varias generaciones.»

Es indudable que las condiciones peculiares de un pueblo vienen a ser el molde de sus leyendas en particular y de todas sus manifestaciones de vida, en general; si la valentía, pongamos por caso, es la nota predominante en su carácter, los héroes de sus leyendas serán individuos de flamígera espada; su valor los hará invulnerables. Sobre este punto anota Van Gennep:

«Entre los temas importados por los extranjeros (comerciantes, etc.) e introducidos por los compatriotas que vuelven de algún viaje, un pueblo alegre sólo conservará los motivos alegres, y un pueblo triste los tristes, o bien el primero convertirá en alegres los motivos anteriormente tristes, o en tristes los alegres. Tal es la expresión de un proceso que admite, sin embargo, oscilaciones de cierta importancia. Los esquimales desconocen el cuento simplemente chistoso o recreativo, aunque los habitantes de las regiones vecinas del sur, con los cuales están en íntimo contacto, como lo prueban las semejanzas que se pueden señalar en su civilización material posean cuentos que excitan la risa, y hasta comedias. A las narraciones introducidas en el país por el islamismo, les imprimen los negros del Sudán una orientación muy diferente, más sencilla, más franca, más inocente. Vemos por consiguiente, que se ejerce de grupo a grupo una especie de eliminación entre los numerosos temas y ciclos temáticos importados» (1).

En cuanto al origen de las leyendas, es mucho lo que se ha escrito y aún no se ha dicho la última palabra al respecto. Las consideraciones hechas atrás y algunas que hemos puesto en la parte de nuestro estudio, referente a supersticiones, quizás puedan arrojar

(1) Van Gennep, *La formation des Legendes*.

alguna luz sobre el particular, en especial las primeras; Rosières ha indicado las siguientes leyes que hace extensivas al desarrollo de las leyendas: «a) ley de los orígenes: en todos los pueblos de la misma capacidad mental, la imaginación procede paralelamente y lleva algunas veces a creaciones de leyendas semejantes; b) ley de las transposiciones: a medida que disminuye el renombre de un héroe, la leyenda que se había formado para honrarle, le abandona y se relaciona con un héroe más famoso; y c) ley de las adaptaciones: toda leyenda que cambia de ambiente se transforma para adaptarse a las condiciones etnográficas y sociales del nuevo ambiente» (1).

Teniendo en cuenta las indicaciones colocadas arriba, cabe preguntar si en el país existe la leyenda propiamente dicha; no nos corresponde dar una respuesta, y así, esperamos que los eruditos la formulen. Es indudable en todo caso para nosotros, que el estudio detenido del asunto dará un rumbo definido y seguro a casi todo lo que se relaciona con el Folk-Lore colombiano.

CUENTOS

Cuatro palabras sobre tan espléndido tema. Creemos que son muy numerosos los cuentos exclusivamente nacionales que se han transmitido de boca en boca y que aun hoy se pueden encontrar por dondequiera. Tenemos la persuasión de que este género ha sido menos puesto en olvido que el de leyendas, y abrigamos la esperanza de recopilar muchos que, agregados a varios que ya poseemos, nos permitan ensayar un estudio sobre ellos.

(1) V. *Congrès international des traditions populaires*, 1900, pág. 13.

Aprovechando un símil que nos ofrece un erudito tratadista, diremos que «el estudio del cuento popular y tradicional o legendario en las naciones del Norte y Sur América, es a manera de una selva virgen frondosa e inexplorada aun en muchos de sus riquísimos y ocultos veneros de preciosidades folklóricas.» Puede comprenderse la verdad de esta aserción si se tiene en cuenta que además de los cuentos de los aborígenes americanos, aquellos que fueron importados por los europeos no solamente españoles sino portugueses e ingleses, debieron hallar en América un asilo más o menos seguro; modificados luégo según la idiosincrasia de las nacientes sociedades, vendrían a formar quizás cuentos completamente distintos de aquellos en los cuales tomaron origen. Sin embargo, algo quedará en los nuevos, que haga conocer su parecido con los antiguos, y de este modo se podrá saber fácilmente en cuáles ha sido más grande la modificación introducida, y en cuáles ha sido menor.

La Academia Colombiana abrió en octubre de 1911 un concurso para premiar un cuento popular, de preferencia «el que exprese mejor el alma del pueblo de donde proceda y que esté de tal manera arraigado en el corazón de la Nación que sea conocido de todos y los niños lo repitan de boca en boca.»

Ocho composiciones fueron presentadas y obtuvo el premio la denominada *El patio de las brujas* (narración de los Andes santandereanos), por don Enrique Otero D'Acosta, «la cual recoge de la tradición del pueblo una leyenda que de antiguo se ha transmitido en las veladas de esta región de América, y que si bien puede tener antecedentes en creencias vulgares de otros pueblos, su esencia caracteriza cierta tendencia maleante y festiva del nuestro y allega en cuanto a la forma y

redacción el sello regional...» (v. *Anuario de la Academia Colombiana*. Tomo III, pág. 304).

El primoroso trabajo premiado puede servir de punto de partida para un estudio relativo a las peculiaridades del cuento nacional; muchos de ellos andan por ahí buscando la mano cuidadosa que los consigne por escrito salvándolos de una muerte cierta: cuánto es de desearse que, pereza a un lado, se compilen en todo el país los infinitos cuentos que son regocijo de niños y triste solaz de ancianos.

AGÜEROS Y SUPERSTICIONES

Entendemos aquí por superstición «la creencia extraña a la fe religiosa y contraria a la razón.» Ella se presenta a nuestros ojos cuando extendiendo la mirada allá en la vida del hombre primitivo, tropezamos con la creencia en ocultos poderes y con el temor hacia ignotos enemigos refugiados en las murallas de lo sobrenatural. No importa que al avanzar de las edades se alcance ya a columbrar la verdad y se halle la explicación de raros sucesos: la superstición se conservará siempre, pues siempre también se presentará a la faz de los hombres aquello que hizo exclamar a Hamlet en magnífico apóstrofe dirigido a su amigo Horacio: «Muchas cosas existen en el cielo y en la tierra ocultas a tu filosofía...»

América era campo propicio para el desarrollo de la superstición; testimonios abundan. Reduciendo el horizonte, vemos que en Colombia estuvo muy extendida, ya entre sus primitivos habitantes, ya entre los primeros colonizadores que trajo la Conquista. La preferencia al tratar de esto debe tenerla la superstición de los primeros, pues en la segunda ya se ha verificado una mezcla y es tarea más difícil iniciar siquiera una investigación.

Para el progreso de la superstición contribuía poderosamente la idea de una falsa relación entre la causa y el efecto. Los acontecimientos aciagos que tenían lugar cuando un cometa se presentaba en el dombo de los cielos, se atribuyeron a su influjo; si se veía rodar silenciosamente una estrella errante en la apacible majestad de una noche serena, decíase que alguien había muerto, y que su alma volaba hacia las mansiones de la eternidad; el graznido de una ave presagia dolores sin cuento para los inmortales amores de Efraim y María, y es un cuervo quien sume en la desesperanza a Poe en su inmortal poesía.

Las múltiples supersticiones que se conservan aún constituyen un riquísimo veneno; revelan ellas en unos casos un simple producto de la imaginación de los antiguos moradores del territorio en que descansa hoy la República, y en otros, la fusión de las ideas de estos pueblos primitivos con las que se propagaron después del descubrimiento del nuevo mundo, como ya dejamos dicho. Si las primeras fueran conocidas en su totalidad, podríamos en parte deducir de ellas féculas consideraciones para reconstruir las costumbres imperantes en épocas remotas y hasta para determinar su grado de moralidad y de relativa cultura. Desgraciadamente el breve número de quienes pueden consagrarse a este linaje de labores, no ha logrado descubrir los agüeros que fueron patrimonio de los antiguos habitantes y que hoy, pasado largo tiempo, han venido a reducirse al segundo grupo establecido líneas atrás.

Cuánta sea su importancia es obvio establecerlo por muchas razones; pero cuáles son las dificultades inherentes a un trabajo de tal naturaleza, a nadie se ocultan; preciso sería recorrer todo el territorio del país, recoger aquí un dato y allá otro, quizás para hallar en último análisis una relación falsa o poco menos; para

desprender alguna utilidad se requiere un espíritu de asimilación poco común y una perspicacia extraordinaria; ahora, si la labor no es ingrata en sí misma, cómo lo es el investigar sobre un terreno poco propicio.

Parécenos que un estudio concienzudo de las supersticiones de todo el mundo, daría por resultado la demostración de que todas ellas se han desprendido de una creencia primitiva, salvo en casos particulares.

La creencia en la *mula herrada* estaba generalmente extendida en América; lo mismo en Santa Fe y Caracas que en Lima y Buenos Aires, dábese crédito a la fábula que testificaba su existencia. De noche, frecuentemente en las horas de la madrugada, el eco de su paso despertaba a los pacíficos durmientes, y atemorizaba a los que padecían de insomnio. No faltó quien saliera al balcón de antigua casa para verla, sin que lo lograra jamás. Alguien decía haberla encontrado cierta noche en una oscura calle y haber pretendido sujetarla sin que, a pesar de sus esfuerzos, pudiera hacerlo: cuando el animal se hallaba a su alcance, desaparecía.

Llama nuestra atención el interés con que se asegura, de la misma manera que en lo referente a la mula herrada, la existencia del *Mohan*. Y sabéis qué es el *Mohan*? No es ya el brujo de los extinguidos cultos: es un niño rubio y hermoso que vive a orillas de riachuelos solitarios; según otros es una mujer de feroz aspecto pero de hermosísima cabellera que pasa las horas del crepúsculo viendo deslizarse las fugitivas ondas de un río; una tercera versión afirma que es un anciano de presencia venerable que recorre sin descanso los caminos sombríos y anuncia la muerte de quienes lo encuentran, o bien toca una flauta rústica cuyos sonidos estremecen.

A causa de nuestras investigaciones hemos hallado personas dignas de todo crédito, procedentes unas del

Valle del Cauca, otras del Tolima y de los departamentos de la costa atlántica, que nos empeñan su palabra acerca de la veracidad de curiosos relatos. Todas ellas convienen en que el *Mohan* existe.

¿No recuerdan estas creencias, aquellas tan hermosas relativas a las ninfas y demás habitantes de las florestas griegas? Estos personajes eran de hermoso aspecto, producto de altas mentes que supieron embellecerlo todo; aquéllos, demostración palpitante del espíritu indígena, propicio a la encarnación de toda fealdad, engrandecida por los inmensos poderes de lo misterioso.

POESIA POPULAR

Estamos en presencia de la parte más bella de los estudios folklóricos. Los cantares, que ocupan lugar importantísimo en la vida del pueblo como expresión de sus sentimientos, tienen también un puesto de honor en los temas de investigación de que venimos tratando.

En este género se han unido dos partes positivamente notables: la poesía y la música. La copla, inspirada por la musa popular, se hizo objeto de entretenimiento, de alegría y de sencilla e íntima demostración de duelo, llegando con su ayuda a producirse en ocasiones los famosos cantares de gesta. Después de la aparición de la copla, considerada simplemente como letra, vino la música a darle poderoso encanto; la doncella que pensaba en su amante y unía a su recuerdo los dulces sueños del futuro, entretuvo sus ocios musitando en voz baja una canción que aprendió cuando niña; en las horas de la tarde, cuando lo esperaba sentada a la orilla de la vereda solitaria, fue la copla quien acompañó los instantes de su turbación; decepcionada quizás más tarde y herida en su afecto, también la copla jugueteó en sus labios y contó en voz que era un

sollozo, a todas las cosas, testigos mudos de su dicha pasada, la historia de sus ternuras y el drama de sus muertos amores.

Sea otra la escena: es el amante que clama cerca del camposanto, por aquella que compartió sus juveniles ensueños; un poco de tierra robó para siempre de su vista a la virgen idolatrada, en quien supo unir la placidez del recuerdo con el goce de la esperanza; al alejarse de aquel lugar, será uno de los que diga sin abrir la boca para dar al viento sus quejas:

De llorar me quedé ciego
cuando supe que era muerta;
de qué me sirven los ojos
si no he de volver a verla?

Véis una madre que mece la cuna de su hijo; repite sin cesar un instante sus más tiernos arrullos para que se adormezca; el trovo más tierno ha acompañado el amanecer de una vida, ya preludiando un cuento, ya llamando, si el niño permanece despierto, con voces reiteradas, al cuco.

El pueblo es el verdadero poeta; en contacto íntimo con la naturaleza, tiene en ella los más puros temas de inspiración; él, que conoce los idilios cuyo teatro es el horizonte y cuyo testigo es el cielo, encuentra en ellos el más soñador romance; cuando la novia, hija de la gleba, ve a su prometido allá a lo lejos entre las doradas mieses mientras el sol se oculta, la estrella de la tarde le parece el símbolo de las esperanzas de su corazón; y al amanecer cuando el amante se prepara a la ruda labor del día, es el *boyero* a su vez, el símbolo de su amada y el lucero precursor de sus dichas.

Ahora, dediquemos unas pocas líneas a observar de paso lo relativo a la poesía popular colombiana.

En el país «sobreabundan las coplas amorosas, compensando la escasez de las sentenciosas; mas no

se crea que de las primeras haya repertorio variado e interesante, pues difícilmente hay alguna que valga la pena, aprovechándose lugares tan comunes como los desdenes y los ojos de la amada, con flores y suspiros por aditamento.

«En el subgénero narrativo es deplorable que para nada se hayan tenido en cuenta los episodios históricos de la Guerra Magna, aunque los hechos de ese linaje han sido siempre y dondequiera, grandes fuentes de inspiración. Al menos, no tenemos noticias de trovas heroicas que anden en boca del pueblo. Procediendo por exclusión, encontramos que el bajage de canciones vulgares narrativas se abastece de relatos familiares, lances poco emocionantes, y una que otra efusión sentimental, como la tan conocida y elogiada *yerbecita de mi puerta*.

«Son numerosas las salidas irónicas, teniendo por blanco preferido de burlas un cotudo, alguna vieja o la finada consorte. Ejemplares de esto se oyen por toda la República con más o menos variantes, pues la copla que empieza *mi mujer y mi mulita*, bastante repetida en el valle de Chimbe, es la que en el Táchira cantan los peones cafeteros, sustituyendo la *mulita* por el revólver, entre libaciones de *michi y cordereño*.

«Algunas hay en metro combinado y de gran movimiento.

Como yo no tenía perros
con gatos me fui a cazar:
maté la pava, la guácharaca,
la gallineta y el pavo real» (1).

Después de complicadas investigaciones llevadas a cabo con el fin de obtener algún conocimiento acerca

(1) Juan Crisóstomo García.--*Folk-Lore colombiano*.--REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO--Vol. XIV, pag. 165.

del cancionero del país, y de haber logrado copiar las coplas más salientes en varios departamentos a fuerza de constancia y verdadero interés, hemos llegado a la misma conclusión a que llegara años antes, el autor de las líneas que anteceden: en materia de cantares que recuerden los hechos gloriosos de nuestra Independencia, es poco lo que hay; en cuanto a trovos de carácter sentencioso, los que tenemos se pueden contar con los dedos de las manos. Va una de muestra:

Tras del monte viene un llano,
tras del llano un precipicio;
tras un amor mal pagado
viene otro que quita el juicio.

(R. A.—Cundinamarca).

No escasos de mérito son los siguientes del género amatorio:

Manojito de alfileres
me parecen tus pestañas,
porque cuando tú me miras
se me clavan en el alma.

(R. A.—Cundinamarca)»

El corazón me pediste,
el corazón te daré:
el alma no, que es de Dios,
que si el alma fuera mía
fuera de entrambos los dos.

(F. P. R.—Cundinamarca).

Desde aquí te estoy mirando, allá arriba en aquel alto, etc., son en la inmensa mayoría de los casos, el pie forzado de las coplas que creemos genuinamente populares.

En cuanto a romancero, es poco lo que hay: Antón Lezcanéz o Lezgames (el ilustre historiógrafo don Raimundo Rivas, escribe Lezcamez), individuo que vino

en tiempos de la Conquista, fue quien transplantó a América el romance; Lezcamez es autor del famoso que principia:

Fernández de Valençuela
ansi a Ximénez decía:
No vos acuiteis, Gonçalo, etc., (1).

* * *

Terminemos estas observaciones sobre el Folk-Lore de Colombia, haciendo votos porque esta clase de estudios se acoja con gusto, y con buen ánimo se emprenda su cultivo, fecundo siempre en enseñanzas; hoy día la indiferencia más completa reina al respecto y ello dificulta toda investigación por paciente que sea; esto hemos podido observarlo a cada paso hasta ahora. Un género de investigación que tiene puntos de contacto con la etnografía, la sociología, la lingüística, etc, bien puede considerarse como algo de importancia.

MANUEL JOSE FORERO

(1) J. F. Franco Quijano.--*La poesía más antigua del Nuevo Reino de Granada*.--REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO--Vol. XIV, pag. 530.

Como dejamos dicho, nuestra preferencia se dirigirá al estudio, clasificación y comparación del romancero y cancionero populares de las diversas regiones de la República, a medida que logremos reunir materiales suficientes para realizar una obra que queremos sea una contribución al Folk-Lore de Colombia.--Si es positivamente escaso lo relativo a romances, hemos tenido segura noticia de existir algunos de alto mérito en algunas regiones de la costa atlántica; es también algo desprovisto de valor el cancionero, pero los trabajos llevados a cabo para formar uno y otro por poetas de renombre, exigen especial mención. Si el pueblo los hubiera asimilado y hecho suyos, podríamos poseer un verdadero tesoro en ambos géneros. Desgraciadamente esto apenas ha sucedido en cuanto a algunas coplas compuestas por poetas nacionales a quienes pudiéramos dar, aparte de otros, el título de afortunados. V. el *Romancero Colombiano* publicado por J. A. Soffia, Bogotá, 1883 y 1889.